

manifiesta á la vez por su potencia de expansión en un medio favorable y por su potencia de resistencia en un medio refractario. Es preciso tener presente en el espíritu este doble fenómeno, para juzgar sana y seguramente de la vitalidad del cristianismo y de la fé en Jesucristo que es su misma esencia.

Y bien, Señores, ¿de qué manera, hoy, en el mundo moderno, atestigua su vitalidad la creencia en Jesucristo?

Respondo que, á los ojos de todo observador imparcial esta creencia testifica su vitalidad, sucesiva ó simultáneamente, según los medios, por la potencia de expansión y por la potencia de resistencia.

Puede decirse que el medio más favorable á la creencia cristiana y por consiguiente á la creencia en la divinidad de Jesucristo, es aquel en el cual ella tiene, no diré la protección del poder, sino la plenitud de su libertad. En la civilización moderna los dos países en los que esta libertad es más amplia, la Inglaterra y los Estados Unidos sobre todo, son precisamente los dos países en los que la creencia en Jesucristo afirma su vitalidad por la más vigorosa expansión.

Es notoriamente público, en efecto, que en Inglaterra desde luego, país de grande autonomía individual, de amplias libertades públicas y en el que las religiones, por lo demás respetadas, pueden desplegarse con desahogo bajo la mirada tranquila del poder, es notorio, digo, que en Inglaterra la fe católica, la fe en Jesucristo crece y se desarrolla más y más.

En los Estados Unidos este fenómeno es aún más manifiesto, más brillante. En esta tierra clásica de la independencia individual en la que los hombres tienen la libertad como antes la tenían los árboles en las selvas vírgenes, en este país la expansión es exuberante. Por esto,

cuando suelo encontrar americanos, obispos ó apóstoles, me parece percibir un mundo nuevo, donde la fe está viva, donde las barreras han sido separadas, donde cada quien tiene un lugar al sol y puede desarrollarse sin travas. Siento, al verlos, algo como embriaguez de santa independencia.—¡Sois felices, Americanos! No teneis que contar con nadie para la expansión de vuestras fuerzas vivas; es benéfico para el sér activo tener los movimientos libres, estar fuera de las civilizaciones envejecidas y que han llegado al grado de que en sus cuadras rígidas y estrechas no se puede ir ni á derecha ni á izquierda, adelante ó hacia atrás, sobre todo adelante sin hallar un trasecán sobre el cual está escrito: ¡No se pasa!

A una civilización semejante prefiero el silencio y la libertad del desierto ó de los campos eriales. Allí al menos puedo hablar á mi Dios, á Aquel que nunca nos engaña; allí no tengo que temer ni á la multitud corrompida ni á los poderes sombríos, ni á las perfidias de la opinión semejantes á las serpientes ponzoñosas de las que Jesus dijo á sus Apóstoles: "Las agarrareis y no sereis alcanzados por ellas;" ni los vasos envenenados de los cuales el mismo Jesus decía: "Los bebereis y no morireis."

Es feliz, con tener su libertad, toda su libertad esta Iglesia de América! ¡Cuánto la envidio! Sus templos se elevan y sus fieles se multiplican como las arenas en el mar. Su ejemplo nos conforta, á nosotros los viejos Europeos, que comenzamos á sentir el peso de los siglos. ¡Sí, nos beneficia ver su valiente juventud y su potencia de expansión! Hace apenas cincuenta años no contaba sino con dos ó tres millones de católicos; y hoy son ya doce ó quince millones. ¡Qué ejemplo para los incrédulos! La América es desmontada por nosotros los creyentes, y plantamos en medio de este pueblo libre frondosos árboles de fe, como

antes plantábamos en Francia los árboles de la libertad; son los mismos. Se objetará que la expansión del catolicismo en los Estados Unidos resulta de la emigración de los católicos del viejo continente, responderé que este hecho es una nueva prueba de la vitalidad de nuestra creencia y que no por eso deja de hacer patente la fecundidad de ese suelo de América en el que la fe se implanta tan fácilmente y crece con tanta fuerza.

Ved lo que llega á ser la fe en un medio libre; vais á ver, Señores, con qué energía de resistencia afirma, en los medios refractarios, su robusta vitalidad.

Tomemos como ejemplo á nuestro país. La Francia—puedo decirlo, pues mi amor por ella está libre de toda sospecha,—la Francia sin ser absolutamente hostil á la fe, no tiene por ella, ciertamente, el gran respeto con el que la Inglaterra y los Estados Unidos la honran.

No hablaré de la cuestión gubernamental,—hablaría de política y me he propuesto no tocar este punto—pero separando toda cuestión política, puede afirmarse que, aun cuando el gobierno practicase con respecto á nosotros la más imparcial y la más estricta neutralidad—lo que es muy difícil—no tendríamos, á pesar de ello, la hermosa libertad anglo-sajona ó americana; pues la neutralidad no es la benevolencia, y sin benevolencia no hay tolerancia, ni respeto, ni plena libertad.

Mas si, dejando á un lado la situación en que nos encontramos en este país á causa de la actitud de los poderes públicos, consideramos la que resulta del estado de las doctrinas, reconoceremos, sin dificultad, cuán refractario es el medio en el cual está condenada á vivir la fe cristiana.

En efecto, ved los sistemas de filosofía que gobiernan la opinión: materialismo, panteísmo, naturalismo, idealismo, criticismo, escepticismo; todos en el fondo y con va-

riadas formas representan la negación, la duda, el olvido de Dios. Ensayad describir la tendencia intelectual dominante en la masa de los espíritus, y hareis constar una especie de positivismo inconsciente ó reflexivo, una inclinación vehemente á no considerar como verdaderas sino las cosas de evidencia material, los hechos positivos y las cifras, los fenómenos de orden sensible y que pueden ser vistos, tocados, pesados, medidos y dosificados. Por último, si penetrais más al fondo, en la razón contemporánea percibireis, disimulada á veces con el aire de una falsa modestia, una muy marcada disposición que puede caracterizarse con la palabra individualismo crítico.

Francia contiene treinta y ocho millones de habitantes. En esta cifra ¿cuántos millares hay de escritores, filósofos y sabios, literatos y políticos? Lo ignoro, aunque la estadística tal vez lo haya enumerado exactamente. Ahora bien, lo que domina en ellos es el sentimiento, muy exaltado, de su individualidad y del derecho absoluto á la crítica. Todos se consideran asimismo como los jueces competentes y supremos de todo. Para ellos la tradición no tiene más peso que la última de las opiniones señaladas en la Soborna, opinión que puede abandonarse ó cambiar de hoy á mañana.

Y este, señores, ¿es un terreno favorable á la fe? Respondedme. Vosotros que negais á Dios, ¿cómo podreis creer en la encarnación de Dios? Vosotros que sois llevados por una tendencia exclusiva á no admitir sino verdades palpables, ¿cómo podeis creer en el Invisible, en el Inmaterial, que hubiese encarnado en el Cristo? ¡Oh! el Cristo... Lo admitis como hombre pero no como Dios: le dais, vencidos por la evidencia, los más hermosos nombres, pero le negais el único que merece, el único que lo expresa por completo. Y vosotros, que no aceptais testimo-

nio alguno, aun debidamente documentado, si choca á vuestra razón privada, ¿cómo podríais aceptar la divinidad de Jesucristo atestiguada por él mismo y por el testimonio unánime é ininterrumpido de todos sus discípulos, desde San Pedro que la profesaba en el camino de Cesarea, hasta el Papa León XIII que la proclama en términos idénticos á la faz del mundo?

¿Me objetareis tal vez que niego á la razón individual el derecho de crítica y de exámen? Ciertamente que no, Señores, no os prohibo serviros de vuestra razón, mas, desearía que no fueseis esclavos de un vano sistema filosófico, variable y mentiroso. Quisiera, hombre moderno, que os impregnara de eternidad, elevándoos hasta la razón que se abstiene, para pedirle iluminara vuestras investigaciones y consagrara vuestros designios.

Cuando apeleis á estos principios eternos estareis en el camino de la fe; entonces no temeré ya, ver en mi patria á la divinidad de Jesucristo zozobrar bajo la tempestad de las doctrinas de un panteísta, de un materialista ó de un positivista, de esos sofistas contemporáneos que han encontrado el arte de burlarse de todas las cosas, negando y afirmando sucesivamente y rodeándose de una especie de diletantismo pérfido y disolvente para el que la opinión tiene complacencias infames, cuando debiera fustigarlo sin piedad. Aquel que, en vez de someterse dócilmente á la razón, la prostituya á una causa cualquiera para encontrar en ello un motivo de desarrollo literario ú oratorio, no es más que un sofista; deshonor á la razón, la ultraja, y creyendo arruinar á la fe, no es á ella sino á la razón misma á la que trastorna y á la que destruye.

Ahora bien, Señores, quereis saber cual es, en este suelo humano estéril y refractario y á pesar de las doctrinas de ateísmo, á pesar del espíritu positivista, á pesar del es-

piritualismo crítico forrado de diletantismo, ¿quereis saber cual es la vitalidad y la fuerza de resistencia de la fe en la divinidad de Jesucristo? Pues bien, mirad:

Hay más de cuarenta mil sacerdotes seculares en Francia, que obedecen á un centenar de obispos quienes, á su vez obedecen á un jefe único: el Papa. Hay cuarenta mil religiosos; hay ciento treinta mil religiosas. He aquí cifras elocuentes. ¿Cómo las explicais? Y sobre treinta y ocho millones de habitantes no cuento á los simples fieles, es decir á las tres cuartas partes de las mujeres y de los niños, no hablo de los indiferentes que no practican su culto, ni de los fieles valerosos y militantes, señalo únicamente los cuerpos constituidos, los religiosos y las religiosas, los sacerdotes y la jerarquía.

Que ejército! Conozco yo dos clases: los ejércitos de ataque que dan la batalla, vivos y siempre alerta y prestos á dirigirse á todos los puntos en que las necesidades de la lucha los llaman; y los ejércitos concentrados para la defensiva, falanges impenetrables, en pié siempre, vigorosas, invencibles. Tal es el grande ejército católico en nuestro país en Francia. Es compacto bajo la mano de los jefes á quienes obedece; es hermoso, mucho más hermoso que el de la gran nación judía que cubria con sus tiendas las cumbres de Moab y que arrancó gritos de admiración al profeta que venia á maldecirlo.

Pues bien, este ejército que por todas partes manifiesta su resistencia, que ningún ataque puede derrotar ni hacer vacilar, este ejército, sabedlo, no permanece inmóvil, inerte, con el arma en descanso; estas valientes legiones hacen patente aún la intensidad de su fe por un maravilloso celo de apostolado en la difusión de la verdad, por impulsos irresistibles é infatigables de caridad para comunicar los beneficios de esta verdad bajo todas las formas.

Mirad á las religiosas entregadas á olvidar á los miembros enfermizos de la humanidad; nada las descamina; la abnegación de la mujer y el ardiente amor de Dios las alienan. Bien puede el hombre ir á verter su sangre, hacerse atravesar el pecho por una bala enemiga, que la mujer hará estribar su valentía en curar las heridas, en aprontar las más repugnantes é ingratas tareas: en ello encuentra un goce sobre humano, el goce de la madre cuando cura á su hijo enfermo. Todo el que sufre, anciano, niño abandonado, pobre sin asilo que en la tarde tiene necesidad, al comer la sopa caliente servida por la caridad, de oír la palabra del alma, ella lo recoge. Su piedad se extiende á todas las miserias; tiene siempre una palabra para el corazón herido, para la pobreza vergonzante, para la indigencia irritada y para la desesperación oculta en el fondo de la conciencia; sabe siempre arrancar una lágrima á aquellos á quienes la angustia ahoga y que no pueden llorar. ¡Qué maravilloso arte es el suyo! Estas pobres y santas mujeres son verdaderamente el prodigio de la fe cristiana en el siglo diez y nueve.

Por esto, Señores, es por lo que me admira y me entristece que en este país, caballeresco hasta el grado de haber sido por ello mofado algunas veces por los países vecinos, los incrédulos no rivalicen con los creyentes para aclamar y levantar sobre el país á estas heroínas cuya ambición y genio divino no aspiran sino á volar al socorro de los desheredados.

Pero el espíritu de secta no conoce ni la generosidad, ni la justicia; está formado de pasión, de ceguedad y de violencia. El bien mismo, si no lleva estampilla, no halla gracia ante él. No ha vacilado en proscribir á estas santas mujeres y aún ha osado decirles: "Ya no curareis á los enfermos porque tal vez los haríais confesar; no os entregaré ya

mis niños abandonados porque los haríais cristianos y conservarías en ellos las viejas supersticiones." Es sin duda, á sus ojos una superstición desarrollar en el niño el alma eterna, y nutrir á este hambriento, de perfección y de justicia. Nada revela mejor las intenciones secretas, perversas é impías de estos sectarios. Es á la fe de la divinidad de Jesús, es á Dios mismo á quienes atacan bajo el velo ó la toca de la hermana de la caridad.

¡Y bien! reflexionad, Señores; si los imprudentes que osan atacar al Papa mueren, ¿cual será la suerte de los sacrílegos que tienen la audacia de atacar á Dios y á su Cristo? Acabarán sin honor y sin esperanza, tal vez festejados por los hombres pero incurablemente tristes de dejar este mundo que se le escapará á su pesar, ó blasfemando de la fuerza desconocida que los arrojó en la vida y que se goza sin duda, dicen ellos, en asistir impasible al suplicio y á las agonías de la miserable humanidad.

Dejad, pues, dejad á estas nobles mujeres que han encontrado una respuesta á vuestras blasfemias, comunicar su fe y su serenidad á todos los débiles, á todos los abandonados; á los ancianos y á los enfermos próximos á bajar á la tumba.

Mucho habreis hecho, Señores, pero toda vuestra filosofía, toda vuestra literatura, toda vuestra ciencia, todo vuestro socialismo nada pueden para enseñaros á morir y á entrar á la vida eterna. Solo un sér dá esta ciencia necesaria y suprema, y este sér es Dios, el Dios encarnado en Jesucristo que fué crucificado para enseñarnos el secreto del dolor y de la muerte.

Concluyo, Señores. Cuando una creencia está en armonía profunda con la naturaleza humana inmutable, en su fondo; cuando se afirma por su organización resistente en un medio refractorio y por expansión en un medio favora-

ble, esta creencia tiene todas las garantías de duración, puede desafiarlo todo. Tal es la fe en Jesucristo. Desde que existe ha ido creciendo siempre. En el curso de sus progresos y de su evolución, falsos profetas cuya lista se puede formar, desde los grandes filósofos de la Roma imperial hasta los filósofos del fin del siglo diez y ocho y de nuestra edad, no han cesado de profetizar su ruina, pero ella no ha cesado de infligir, á estos decidores de oráculos, un solemne mentís. ¿Cristianos y creyentes, los dejareis intimidar por esta fila de augures y por la audacia de sus falsedades? Unios mejor á la palabra de Aquel que ha dicho: "Las potencias del mundo no prevalecerán contra mí", y del cual ha confirmado la historia en todos los siglos, la infalible palabra.

¡Va! no temais nada. Que vuestra fe no se conturbe y que vuestra razón se aclare. Los vanos sistemas flotan como las nubes que nos ocultan las estrellas y que hacen la noche en nuestro cielo. Mas, Dios que conserva y guarda á la humanidad, envía cuando le place, los grandes vientos para barrer el espacio; y la noche que pesaba sobre nosotros se transforma desde luego en claridad llena de estrellas.

Las doctrinas humanas de hoy serán barridas por el soplido de Dios y aquellos que levanten la cabeza percibirán las estrellas en nuestro firmamento purificado. Yo, por mí, no quiero sino una, que es la fe en la divinidad de Jesús, que era ayer, que es hoy y que será mañana en los siglos de los siglos.




---

## SEGUNDA CONFERENCIA

---

### LA NEGACION CONTEMPORANEA

DE LA

DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

---

SEÑORES:

La creencia en la Divinidad de Jesucristo—ya lo hemos establecido—está en correlación íntima y profunda con las aspiraciones esenciales de la naturaleza humana. De donde resulta que esta creencia debería encontrar al mundo de rodillas; pues si es verdad que esta creencia responde á las aspiraciones superiores del hombre ¿por qué el hombre no iría, de un salto, á Jesucristo, manifestación de la eterna verdad, encarnación de la perfección absoluta en una carne humana, expresión viva, conmovedora de la justicia de que tenemos tanta necesidad en este mundo en el que el